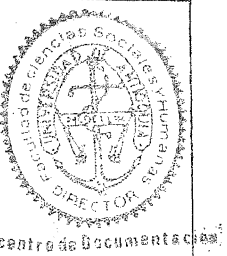


La cura de aire: ensayo de historia de una idea en terapéutica médica



François Dagognet *

Traducción de JORGE MARQUES VALDERRAMA **

Analizamos aquí una situación bastante compleja: no se trata de un tratamiento psicoterapéutico ni tampoco del recurso a una sustancia de la farmacopea, sino solamente de una especie de entusiasmo respecto a un agente natural: el aire vivo de la montaña como medio de curación o al menos de mejoramiento de graves patologías (particularmente la tuberculosis) o de lucha contra simples deficien-

cias (la anemia, la astenia, la clorosis, etc.).

¿Por qué esta fascinación por el aire puro, por la altura considerada como vigorizador? No solamente intentamos discernir las causas que actúan en favor de esta panacea, sino que, ante todo, ponemos en evidencia el error de base que la sostiene (las virtudes respiratorias de la oxigenoterapia); los fisiólogos, en el mismo momento, mostrarán además los peligros de la altitud. En resumen, intentamos analizar esta embrollada situación en la que lo falso —aunque revitalizante— vela lo cierto.

En el campo físico o químico, casi todos los descubrimientos han

conocido una segunda odisea: es cuando pasan del campo teórico al de sus aplicaciones en biología y en medicina. Como ejemplo, señalemos el empleo terapéutico de la electricidad, de la radioactividad o de los diversos rayos, infrarrojos y ultravioletas. Lo mismo ha ocurrido con las sustancias químicas. Esta es la razón por la cual se pasa insensiblemente de Priestley y Lavoisier al apogeo de las gasificaciones más diversas, a los "*Medicals Vapors*" de Sir Davy (1831), a las inhalaciones de éter y hasta una medicación suavizada pero semejante: la célebre cura de aire.

En sus comienzos, la terapéutica natural concibe la cura de aire como una sobreoxigenación; de la respiración de un aire puro, que no ha sido contaminado ni enve-

* François DAGOGNET, *Savoir et pouvoir en médecine*, Le Plessis-Robinson, Institut Synthélabo pour le progrès de la connaissance, 1998, (col. "Les empêchurs de penser en ronde"), p. 126-158 (n. del t.).

** Historiador de la Universidad Nacional de Colombia. Sede de Medellín.

nenado, ella espera un retorno a la salud y una desintoxicación. La *Naturphilosophie* romántica invita a esta medicina de la altitud, acompañada de soledad y, sobre todo, capaz, para los adeptos de Rousseau, de luchar contra el mal del siglo, el tedio: "Desde el punto de vista de su utilidad para el hombre sano, dirá más tarde un célebre médico, el ejercicio en tierras planas no tiene nada que pueda compararse. En las localidades donde el suelo no presenta accidente alguno, los paseos son monótonos y muchas veces el tedio los interrumpe antes de que hayan alcanzado los límites que podrían hacerlos saludables. La gimnástica moderada que los acompaña es además demasiado elemental como para que pueda satisfacer las exigencias de una era naturalmente agitada y de temperamentos robustos a los que una vitalidad exuberante convierte en enemigos del reposo. Por el contrario, la montaña ofrece en todas partes al paseante un objetivo definido. A cada paso, los sitios cambian de carácter. El vago horizonte de las llanuras ya no está ahí para dejar en suspenso vuestros pensamientos desamparados... El aire que os rodea es saludable y puro, allí bañáis vuestro pecho animado en una actividad insólita, una sangre bien aireada, liberada de su carbono, corre rápidamente del centro a la periferia y anima por todas partes el organismo que se siente renacer" (1). Se trata aquí de un texto tomado de una colección de documentos, todos igualmente elocuentes. Por otra parte, esta medicación natural y sin violencia parece extender sus efectos tóni-

cos a la psiquis: ella cura las pasiones y otorga la virtud. "Yo escalaba, escribirá Jean-Jacques, lentamente y a pie senderos bastante rudos, conducido por un hombre a quien yo había pedido fuera mi guía y en quien, durante todo el trayecto, encontré más bien un amigo que un mercenario... Parece que al elevarnos por encima de la morada de los hombres, dejáramos allí nuestros sentimientos bajos y terrestres, y que a medida que nos aproximamos a regiones etéreas, el alma recuperara algo de su inalterable pureza. Allí somos graves sin melancolía, apacibles sin indolencia..." (2).

Solamente, la inquietud nacerá en el momento de una observación desconcertante e irrecusable: el mal mismo de las montañas. Los malestares de la ascensión serán atribuidos no a una inconcebible rarefacción del "gas vital", sino, y ante todo, al solo agotamiento muscular y al excesivo consumo que la subida exige: "Si se persiste en continuar los esfuerzos, escribe de Saussure, se es presa de palpitaciones y latidos, tan rápidos y tan fuertes en todas las arterias, que caería uno desfallecido si se los aumentara aún más continuando el ascenso, etc." (3).

Sin embargo, la oroterapia y la aeroterapia, en general, más que una nueva variedad de oxigenoterapia, bajo su forma mínima y natural, más que un problema fisioterapéutico controvertido, más que todo eso, nos proponen una problemática psicológica, un centro de interés antropológico: en efecto, según nuestra opinión, en nin-

gún lugar como en éste la objetividad científica ha servido mejor de coartada. Los argumentos tomados de la física y de la química (el aire puro, la polyglobulie*, la ausencia de toxicidad, el oxígeno o el gas carbónico, el aire denso o tónico, etc.) obstruyen la ruta hacia la verdadera motivación y forman pantalla; además, su fragilidad los vuelve fácilmente refutables. Tanto acudir al culto romántico que, en su fervor, había reunido convicciones tan quiméricas como conmovedoras. Por ejemplo, que los habitantes de las montañas, a fuerza de vivir en un medio tan saludable, terminan por adquirir una salud moral así como la robustez y el vigor físico, una y otros inseparables en una época en que se complacían en señalar las relaciones entre lo físico y lo moral. ¿Es necesario añadir que la sociopatología ha abierto los ojos sobre estos argumentos tan alucinantes? El delirio organizado en torno al "aire vivificante de las montañas" es tal, que él transforma los hechos más aparentes y los menos controvertibles. Cualquiera sea la causa —matrimonios consanguíneos, higiene ligada a la miseria económica de sus habitantes, carencia de yodo, debilidad mental que desaconseja la estadía en las ciudades, etc.— no es menos cierto que las cifras de la mortalidad y de la morbilidad sobrepasan las de los valles y ciudades y que, sobre esas cimas, y al contrario de una imagen poética del montañero preservado, de esbelto talle, aire rubicundo, andar seguro, el viajero se sorprende del gran número de enfermos de bocio o de personas con alguna deficiencia.

* Polyglobulie: exceso patológico de glóbulos rojos (*Dictionnaire Petit Robert*, éd. 1998, n. del t.).

2. *La Nouvelle Héloïse*, première partie, lettre XIII.

3. *Voyage dans les Alpes*, t. II, 1786, p. 294.

1. JOURDANET, *Influence de la Pression de l'air sur la vie de l'homme*, Masson, 1875, p. 587.

Tenemos, pues, que determinar lo que ha empujado al alma a pedir su salvación y su curación al aire de las montañas, a la elevación en general. Cuando se llega a quitar y a erradicar las pseudo-pruebas fisiológicas que falsean el sentido de este entusiasmo cultural, se descubren ciertas exigencias de la psiquis, los arquetipos imaginarios y las amplias bases, por contragolpe, de la psicoterapia. En otros términos, desaparecido el pretexto de la oxigenación, nos preguntamos: ¿qué es lo que lleva al hombre a perseverar en su culto de la higiene y del valor de las cimas o de las alturas? La religión de la montaña existe en estado latente en toda la historia y se espiritualiza en todas las mitologías. La química de los aires y de las atmósferas no creó, sino que solamente amplificó, incluso confirmó, una actitud anterior. Habrá que desplazarnos al otro extremo de nuestro problema: ¿qué bases legítimas puede darle la fisiología a la antigua y benéfica cura de aire? Es ya evidente que ella no está basada en la composición química del gas inhalado. En suma, nuestro estudio se da dos direcciones opuestas: por una parte, el papel exacto actualmente atribuido a la aireación y, por otra, determinar los móviles de esta medicación natural. Es a condición de situarse en los dos extremos, en los focos del arcaísmo y de la modernidad como se alcanza a comprender la fuerza de vida y de evolución de una noción médica. Limitarse solamente al pasado, fascinados por él mismo, es volver a practicar la anécdota, a satisfacer una curiosidad de historiógrafo distraído por la acumulación rapsódica y puntillosa de los detalles más fútiles. Pero sólo recordar el presente, como en ciertos tratados lapidarios, priva a la in-

teligencia de la significación de los gestos o decisiones médicas y rebaja la terapéutica al rango de una manipulación o de un repertorio de recetas y de aplicaciones.

La farmacología, más que cualquier otra disciplina, está encuartelada entre los dos excesos que acabamos de señalar: por una parte, la recreación de un practicante que se entretiene en la contemplación de un pasado lleno de curiosidades; por otra, su orgullo de contemporáneo que se cree al abrigo de semejantes alienaciones en la magia (4). Conviene reunir los dos polos de la historia de la *Materia medicans*, conocer mejor y aprehender el presente a la luz de los tanteos del pasado. Igualmente, captar mejor la finalidad del pasado gracias al punto de referencia de un presente asegurado y provisionalmente fijo.

Como ejemplo, quisiéramos dilucidar los *principios reales* de la medicación sanatoria y los orígenes de su existencia y de su apogeo. Puesto que nos limitamos a la época del siglo XIX, se sabe, en efecto, que este tema de una curación por los agentes naturales, expresión de una filosofía de la naturaleza, refleja particularmente este siglo marcado por el Romanticismo. Uno de los más grandes escritores místicos de nuestra li-

4. En esta farmacopea en perpetua evolución, el número de remedios abandonados, relegados al museo de las aberraciones o de los errores, crece a tal punto que un contemporáneo propone modificar el aforismo "Apresúrese a tomar un medicamento mientras él aún cura", por otro igualmente cáustico: "Apresúrese a tomarlo mientras él aún existe" (*L'évolution de la thérapeutique moderne*, in *Actualités de clinique thérapeutique*, 1951, par R. CHARONNAT, Professeur à la Faculté de Médecine et de Pharmacie de Paris, p. 15-33).

teratura expresó además todos los sueños y las mentiras de la mitología terapéutica. Jules Michelet (1798-1874) es para nosotros una fuente perpetua de los arquetipos inconscientes o de las imágenes que llevan hacia las curaciones por las influencias oceánicas, por los rayos del sol, los baños de tierra y, naturalmente, la cura de altitud.

No se podría olvidar que, en este período, la tuberculosis y, en general, la patología pulmonar atraían las miradas de los médicos, de los artistas y de los hombres de letras. Cada época y cada cultura se caracteriza por una enfermedad de elección: "En toda época dominan enfermedades determinadas que la caracterizan y responden a su estilo general... Así, en el medioevo dominan las enfermedades colectivas: la peste, que aparece en los siglos VI y XIV, en los puntos críticos de la civilización europea y enmarca la Edad Media; la lepra, enfermedad del proletariado medieval, y las neurosis colectivas. En el Renacimiento, aparece la sífilis, enfermedad esencialmente individualista, que no se padece sino que se contrae... En la época tempestuosa del barroco, se encuentran en primer plano las enfermedades por carencia: fiebres tifoideas, escorbuto, ergotismo, etc., y, por otra parte, enfermedades que se podrían atribuir a la superabundancia: la gota, la hidropesía... La tuberculosis, la clorosis y otras enfermedades análogas son la expresión patológica del Romanticismo" (5).

5. SIGERIST, *Introduction à la médecine*, p. 201. Lémos y se leerá con interés, respecto al tema, especialmente sobre el ergotismo o mal de los ardientes, sobre la lepra y la danza de Saint-Guy, el *Etude historique et nosologique sur quelques épidémies du moyen âge* del Dr. MARCHAND (1873, Paris).

Antes de Laënnec (1781-1826), la tuberculosis ya es identificada con una consunción, con una languidez y quizá con un *taedium vitae*: la morfología aparente del tuberculoso evolutivo parece imponer esta patología o patogenia de la carencia y de la privación de vitalidad, de la degeneración y de un soplo de vida que se va. El adelgazamiento (*φθις* = consunción), el cuello menudo, los ojos hundidos, a lo que se añade los esputos de sangre, considerada ésta como la esencia de la vida, los malestares y la fiebre de una vida que acaba por consumirse ya habían llamado la atención de Areteo de Capadocia, en el primer siglo de nuestra era: "El aspecto de estos enfermos recuerda en todo el de los cadáveres. Los labios están tensos sobre los dientes como en la risa. Las otras partes del cuerpo han sufrido la misma alteración; las carnes han desaparecido, ya no se ven los músculos del brazo, las mamas atrofiadas sólo están representadas por el mamelón; se puede contar las costillas, ver el lugar donde ellas terminan, sus articulaciones con las vértebras y el esternón. El epigastrio vacío parece comprimido en lo alto, etc..."⁶. Parece inevitable que el inconsciente simbólico o una medicina arcaica proponga, contra esta alteración general, una terapia de reanimación y de insuflación, y el recurrir a sustancias tan ligeras como reconfortantes, a fuerzas naturales de apoyo saludable: y si se las puede llamar drogas energéticas y sobre todo heroicas ¿no es porque ellas fueron preco-

6. Descripción clásica, cuyo original se encuentra en: ARETEO DE CAPADOCIA, *Medicorum graecorum opera quae exstant*, ed. Kühn, t. 24.

nizadas por los héroes antiguos, los superhombres de las leyendas?

En efecto, antes de analizar las justificaciones románticas de la altitudterapia, quisiéramos evocar algunas de las motivaciones inconscientes que llevan al enfermo, quizá a pesar suyo, a pedir su salvación al aire, a la montaña, a la pureza de las atmósferas. Se quisiera excusar a este ejercicio impío que trata de exhumar los afectos de una decisión o de un método tan altamente racionalizado, tan hábilmente disimulado bajo las fórmulas fisiológicas. Debemos develar sus oscuros orígenes, no tanto para controvertirlos, sino para afirmar y depurar su principio. No es posible ver en ellos una duda sacrílega.

C. G. Jung, en su célebre *Répertoire de la réalité symbolique*, ya ha subrayado la importancia de los temas de la ascensión, de la subida a las cimas, de la aspiración salvadora y de la resurrección aérea. Hilo conductor de esta cosmología imaginaria de la libido, esta última transpone lo bajo, es decir, el instinto de vivir, hacia lo alto y, como consecuencia de esta transposición, en esta simbólica de inversión, la energía será naturalmente captada y sublimada en los aires, lejos de los bajos fondos. Paralelamente, la libido central y visceral, la de la intimidad pulsional, en los delirios de regresión, obedece a la misma ley de la inversión y explota en símbolos fálicos de las extremidades: el sombrero puntiagudo, el occipucio, la mano, la oreja, (el Gargantúa de Rabelais y el Buda mongol nacieron de la oreja de sus madres), las plumas, los cabellos, el pie, el dedo gordo. La cima fue en el comienzo y en primer lugar la libido misma, antes del descenso instintivo o fisiológico:

ella había invertido la boca, la mano (cf. la mano erótica del mono, dirá Jung, así como la de la rana). El dedo gordo igualmente, pues el niño no vacila en introducirlo en su misma boca. Como sea, a la inmersión de la libido, que va de lo oral a lo anal, corresponderá, en el lenguaje simbólico que invierte el movimiento, al nuevo ascenso espiritualizado, valorizado y como revitalizante. Relativa al Cosmos, la ensoñación libre y superabundante privilegiará paralelamente las cimas, los picos, las puntas. El pájaro se beneficiará de esta idolatría: "¿Por qué un pájaro? Porque el pájaro simboliza el nuevo ascenso del sol, la aspiración de la libido, el renacer del Fénix, también la aspiración es a menudo representada en alegorías de pájaros en vuelo o que planean"⁷. De este modo, podemos ya dar cuenta del impulso humano hacia el sol y las altitudes, a la manera de los héroes prometeicos. De ahí también la curiosa prescripción de los viajes como medio de curar, particularmente a los tuberculosos, medicación natural ya preconizada por Laënnec mismo: "Los héroes son casi siempre viajeros, simbolismo cuyo sentido psicológico es claro: el viaje es la imagen de la aspiración, del deseo nunca satisfecho, que no encuentra su objeto, pues sin saberlo, lo que ha perdido y lo que busca es su madre. He aquí por qué los héroes fueron considerados en todo tiempo como soles viajeros y nos vemos tentados a concluir que el mito del héroe es un mito solar"⁸. En 1894, un profesor, G. Hayem, escribe: "La tuberculosis es más escasa en la

7. *Métamorphoses et symboles de la libido*, Aubier, p. 330.

8. C. G. JUNG, *ibid*, p. 196.

marina que en la armada de tierra... El viaje al que se da habitualmente preferencia es el trayecto desde Inglaterra o desde Francia hacia Australia en velero. Los navíos a vela ofrecen ventajas que los vapores no pueden brindar como la lentitud de la travesía. Los cambios de temperatura son moderados, graduales, la aglomeración a bordo es menor, las cabinas son más cómodas y hay menos polvo, no existe la perturbación del rechinar de la máquina, la marcha del navío es suave e invita al reposo... Los enfermos sólo tienen que dormir, comer, abandonarse a vivir una vida suave e indolente...⁹. No se podría expresar mejor la exigencia del inconsciente, ni mezclar con tanto éxito las inocentes ensoñaciones y las precisiones terapéuticas. Es cierto que allí se trata de viaje más que de cura sanatorial o de curación por los aires. En verdad, las dos recomendaciones, las dos terapias, se confunden un poco. La montaña evoca la subida, la escalada, el movimiento hacia lo alto. En cuanto al velero, él conduce, de una manera suave y continua hacia alta mar, a lugares vírgenes y desiertos, semejantes a las desnudas cimas, inhabitadas, solamente llenas de sol. Por lo demás, volveremos sobre la analogía que ofrecen estas dos situaciones, que fortificarían y repararían la salud¹⁰.

9. G. HAYEM, *Leçons de thérapeutique générale. Les agents physiques et naturels*, Masson, 1894, p. 488.

10. Se sabe —constancia y permanencia sirven de prueba— que ya en su tratado *De los aires, de las aguas, de los lugares*, Hipócrates aconsejaba el cambio de residencia y sobre todo el viaje a través del mar.

Sin embargo, para descender un grado en el mundo oscuro de los deseos reprimidos y de las necesidades imperiosas del alma, que van precisamente a gobernar las extravagancias de las medicinas o de las farmacias primitivas, comprendamos que, para satisfacer la libido en general, para colmar su exigencia absoluta de *resurrección*, nada equivale a una inmovilización sobre una vertiente de montaña, en un hueco o en un abrigo natural y propicio¹¹, bañado por el ire puro, pues es ahí donde se realiza el equivalente, lo análogo del re-alumbramiento o del acto sexual natural. La necesidad de renacer se remonta a su fuente simbólica. En esos lugares, el sol, con sus rayos y sus poderes, sus dardos y sus resplandores (nos cuidamos de volver sobre las reglas elementales de la simbólica y de la mitología que justifican la identificación entre sol, Dios y padre todopoderoso, luz y fuego), este padre y dios¹², toca, roza las alturas, y por la primera vez, su ardor energético evidente fecunda la tierra maternal y hace nacer el aire puro, los soplos alisios y el pneuma celeste. En la trinidad erótica, el aire junguiano, no es tanto el hijo de los padres cósmicos

11. Los climatólogos insisten mucho sobre el hecho de que "las cimas y los estrechos son poco favorables como emplazamientos para estaciones climáticas, pues son azotados por el viento, etc." in P. DE LORE & M. MILHAUD, *Précis d'hydrologie et de climatologie*, Dion, 1952, p. 195.

12. RENAN, *Dialogues et fragments, philosophiques*, p. 168: "Antes de que la religión llegara a proclamar que Dios debe estar en lo absoluto y en lo ideal, es decir fuera del mundo, un solo culto fue razonable y científico, este fue el culto del Sol".

sino el símbolo mismo de su unión ardiente. Ahora bien, como tanto ha insistido Jung, lo que el hombre desea no es la cohabitación, el incesto, sino el renacimiento, el retorno al seno maternal y al alumbramiento, la regeneración. De ahí además, paralelamente, la importancia de la hidroterapia, el baño de juventud y la entrada curativa en las aguas maternas, donde hasta el mismo sol se sumerge y de donde él renace; de ahí también la función religiosa y sagrada del pez, símbolo de la libido y sobre todo de su renovación. Es pues probable que la altitudterapia nativa tenga su origen en esos impulsos o arrebatos inevitables del inconsciente y que las medicinas hayan calcado ante todo las diversas leyendas propias de los héroes, quienes habitan las cimas olímpicas.

Pero no conviene que los enfermos suban a los aires y a la atmósfera sin moderación. Los beneficios del aire nativo son ambivalentes, fuentes de efectos felices e infelices, como todo lo que tiene que ver con la libido: "Sí, la aspiración apasionada, es decir, la libido, tiene dos tendencias, ella es la fuerza que embellece todo, pero devasta todo en su momento... Ser fecundo, es destruir, pues el nacimiento de la generación siguiente indica que la precedente ha terminado ya su apogeo... el miedo frente al destino erótico es muy comprensible"¹³. Tal es el tema de la cura de ascensión continua, de la subida que reanima y revitaliza, metódica y prudente, que sabe utilizar el aire imaginario.

El romanticismo de Jules Michelet, parcialmente responsable de la religión de la montaña y de su po-

13. JUNG, *ibid*, p. 103.

der en la curación, sobrentiende esta mitología aeroterapéutica, el gusto vivificante de la elevación, pero él lo mezcla con un empirismo de sabio y lo oculta bajo desbordamientos poéticos. ¿Quién no sabía ya que la montaña, el oxígeno, devuelven las fuerzas, una cierta alacridad? Michelet, el poeta del amor, de la sangre y de la circulación, de la pulsación y de la vida, se empeña en querer curar el niño enclenque, la mujer clorótica, las enfermedades de languidez, la anemia y la astenia y, al mismo tiempo su época, su tiempo de desfallecimiento y de dispersión. Valoriza la montaña y la colma de fuerzas medicamentosas imaginarias, la carga de un potencial de salud cuyo empleo, brujo moderno, preconiza. Destacar algunas de esas recomendaciones, propuestas en pleno siglo XIX, vuelve a ser para nosotros continuar el análisis espectral de las fuerzas que llevan al enfermo o al hombre sano a aureolar la climatoterapia y, más, allá, la curación por los aires, la panacea oxigenante, el recurso sistemático al aire vital ⁽¹⁴⁾.

14. *Essai sur l'histoire de la thalassothérapie*, thèse Paris, 1925. Yvonne SIMON trata allí un problema del mismo orden. "Ir a buscar, escribe ella, la curación cerca al dios-océano, imagen de la fuerza y de la vida, el océano de donde emerge y a donde vuelve cada día el dios sol Phebus-Apollon, ir a pedirle la regeneración de las fuerzas vitales agotadas debería ser un gesto tan natural como el de tratar una llaga en agua de mar y atribuir su curación al genio del mar" (p. 14). En lo que concierne a la potente helioterapia (la estación de Berck asocia talaso- y helioterapia), la autora atribuye su éxito y su origen, en parte a las ideas de Rousseau (cf. p. 21).

En Michelet, la montaña se metamorfosea inmediatamente en madre generosa: la cima, insensiblemente, se vuelve un inmenso seno henchido de amor que representa la tierra amante en la búsqueda del sol. "Que el sol sea su padre, su amante o ambos, es seguro que es a él a quien ella mira, a quien ella sigue en su gran movimiento y no menos en todos sus actos de circulación y de fecundación... La sombría tierra de las tinieblas desea sin cesar convertirse en tierra luminosa, la tierra de amor que él fecunda" ⁽¹⁵⁾. Sin embargo, Michelet abandonará rápidamente la simbólica erótica en provecho de imágenes centradas en torno al *Alma Mater*. En los pliegues de las montañas, la tierra da nacimiento a aguas calientes y reparadoras —dulzura, abundancia, consolación— y para el poeta éstas son como la sangre de una madre que se abre las venas para nosotros. "Los bellos morros de Alsacia, los montecillos* de los Vosgos tienen las formas más suaves que ofrece la creación. Es en pórvido, un seno de mujer. Este seno, no en relieve, sino al contrario, entrante en la forma opuesta y no menos maternal, se ve en esos valles circulares, esos anillos que abre a los primeros tiempos la joven efusión de la tierra, como su valle de Cachemire, su paraíso suave en la austeridad del

15. MICHELET, *La montagne, Oeuvres complètes*, t. 33, p. 79.

* MICHELET utiliza la palabra francesa "ballon" que se puede traducir al español como "morro"; utiliza también el vocablo francés "mamelon" que traducimos por "montecillo". Su clara intención es hablar de los accidentes geográficos con palabras que tienen un doble sentido: geográfico y sensual, de ahí el efecto poético al que se refiere DAGOGNET (n. del t.).

granito" ⁽¹⁶⁾. No forcemos estos textos célebres: ellos son transparentes y como inocentes. No podemos dejar de recordar el más conocido y el más sintomático aunque él nos aleja un poco de nuestro tema: "¡Querida madre común! Tú y yo somos uno. Vengo de ti, a ti retorno, pero dime tu secreto. Qué haces en tus profundas tinieblas, de dónde me envías esta alma caliente, potente, rejuvenecedora que quiere hacerme aún vivir. ¿Qué haces allí? —Lo que ves, lo que hago ante tus ojos. Ella hablaba claro, un poco bajo, pero con una voz dulce, sensiblemente maternal. Exageramos sus misterios. Su trabajo es simple, claro, en sus lugares donde ella funciona al sol. Yo había llegado el 5 de junio, extremadamente débil aún. Tuve un desfallecimiento al descender del coche... En algunas fuentes vecinas, el agua embriaga como el vino. Esta embriaguez del aire y de las aguas estimula, despierta los sentidos, mucho antes de devolver las fuerzas. Uno olvida que está enfermo" ⁽¹⁷⁾. Y en adelante, la montaña va a desgarrar las pruebas de esta maternidad y las causas o las razones de este poder regenerador, todo es allí transformado, alegorizado, como que la exigencia del *risorgimento* por los aires y la elevación traduce un implacable e inexorable empuje de la representación humana.

Entre otras justificaciones o racionalizaciones, podemos subrayar éstas:

1. Michelet, por un toque de varita mágica, metamorfosea las flores de montaña en piedras preciosas, en diamantes y en collares luminosos, pero, al mismo tiempo

16. *Ibid*, p. 86.

17. *Ibid*, p. 73.

que desarrolla este delirio poético de identificación, destina estas plantas de las cimas a curar: ellas portan en sus arcanos las virtudes de las simples, balsámicas y suavemente tonificantes, lo que las opone a las flores o plantas tropicales, exóticas, que han invadido la farmacopea y dado a los médicos armas intempestivas, peligrosas, desproporcionadas y estruendosas. Para el subconsciente, nada vale como la naturaleza familiar, la sonrisa de la madre y sus caricias, contrariamente a los recursos lejanos y, por ende, foráneos. No inventemos nada: "Veo mis caros perfumes amargos, cien veces más salubres que los olores dulces, equívocos, de las flores de los trópicos, tan sanos para el cerebro tanto como son para él peligrosas las embriagueces de esos extranjeros... La virtud curativa de nuestras plantas indígenas se explica bien. En ellas está nuestro espíritu, nuestros encantadores recuerdos. Ellas recibieron todas nuestras confidencias. Están mucho más en relación con nuestra sangre, nuestro corazón, mucho más en la medida de nuestros temperamentos... Mucho más que sus análogas, sus ardientes hermanas. La medicina violenta, resultado de tiempos atroces, de la era militar en que la cirugía era todo, la medicina a muerte que avanza por golpes de Estado, ha debido preferirlas como energías brutales, de fuerza expeditiva. Ellas curan negros, amarillos, hombres de clima diferente, de salud diferente... ¿Qué concluiré de esto? Que si ellas los salvan, aquí ellas me matarán. Su violencia me lo confirma. La peligrosa flora de los trópicos ha forzado allí las dosis, ha concentrado en el átomo un infinito de fuerza. El efecto es opuesto a la verdadera medicina que pretende hacer durar a los

débiles. La naturaleza tropical, por el contrario, les acorta la vida, su gozo y su triunfo están en hacer suceder unos a otros los seres" ⁽¹⁸⁾. ¿Cómo no soñar aquí con la filosofía elemental de los espagíricos que pretendía que la naturaleza había situado el remedio al lado del mal? Y ¿se puede recordar, para ilustrar esta práctica, el éxito de su hipótesis capciosa, a saber, que el sauce, árbol de los lugares húmedos (el salicilato), debía ser considerado el remedio específico del reumatismo, enfermedad ligada entonces a las estancias en los lugares húmedos?

2. De la montaña toda en agitaciones, en estremecimientos y a veces incluso en convulsiones (los volcanes), descienden, para Michelet, a la tierra, los aluviones, los ríos y las bendiciones: ella nutre pues la tierra y le da sus elementos de vida. Ella está en el origen de la vida. En esta *geografía poética*, todos los detalles convergen hacia este amamantamiento cósmico, ininterrumpido y salvador. Así, los glaciares a los que se cree equivocadamente inmóviles e inertes, avanzan, venidos igualmente de cimas animadas e irán hasta determinar la vida política y moral de los pueblos como de las civilizaciones: el historiador les atribuye la potencia original del *primum movens*, y, naturalmente, si todo desciende, sólo le queda al hombre lánguido o fatigado, para "restablecerse" ("se remonter"), volver a subir ("remonter") él mismo y escalar las cimas: "Viviente espíritu de renacimiento. Verdadero cordial en estos tiempos de desfallecimiento demasiado co-

18. *Ibid*, p. 123. Los subrayados son nuestros, salvo la expresión "la medicina a muerte", que Michelet mismo distingue.

mún. Puede este libro que nos sostuvo, liberarnos de otros más sobre las cuestas donde, por debilidad o por pesadumbre ¡muchos descienden! Si le hace falta un epígrafe, éste será la palabra: ascender ("remonter") *". (*La montagne*, Prefacio). Las montañas de los Alpes, el castillo de agua de Europa, la plaza de la Concordia del mundo, lo colman de tesoros de fecundidad y de ellas todo puede resultar, el aire, los vientos, el agua y sus aluviones, y los metales, la piedra de las catedrales y también las tormentas eléctricas; en esta acumulación generatriz, el romanticismo de la curación ve el signo mismo de su maternidad primera.

3. La montaña será además la madre por su silencio y su calma, su despreocupación, la soledad que despliega y la pureza de su atmósfera: "Me abstendré bien de ir a descansar a la mar. Amo esta extraña hada. Ella tiene el secreto de la vida ¡pero es tan agitada! ¡Cuántas veces añadía su tempestad a mi tormenta! Yo volvía a pedir la calma en la inmovilidad de los Alpes, no en los Alpes ruidosos que parecen una eterna fiesta de cascadas y de bellos lagos. Yo prefería la gran ermita, el gran mudo, el monte Blanco. Sólo en él esperaba yo encontrar suficiente nieve y reposo" ⁽¹⁹⁾. Esta fuga de lo social implica una regresión

* MICHELET y DAGOGNET juegan en este párrafo con los diversos sentidos de *remonter*. Este verbo tiene, entre otros, los siguientes significados en francés: volver a subir, regresar hacia lo alto, volver hacia el Norte, regresar, subir, tener un origen en, ascender, etc. Hemos elegido el de ascender, pero entendido también como retorno a la fuente (n. del t.).

19. *Ibid*, p. 8.

psíquica y como retorno a la infancia, ella parece realizar *in vivo* el célebre *Nursing* anglosajón. A fines del siglo XIX, ya Hayem anotaba en su importante tratado que sólo se puede encontrar un aire verdaderamente puro en la cima de las montañas, en el mar o en pleno desierto. Él confirma que un cierto número de tísicos vivieron varios años en la soledad africana, que dormían bajo tiendas y que se alimentaban exclusivamente del producto de su caza, sobre todo, que a pesar de la existencia de lesiones pulmonares avanzadas, ellos apreciaban ese género de vida. *Mutatis mutandis*, sabemos cuánto las psicoterapias modernas volverán a este método y lo harán más eficiente. De ahora en adelante se considera la noción de medio terapéutico o, en otros términos, de terapéutica por el medio. A ese último, se le eliminan las excitaciones agresivas, en número fabuloso (así, en la cura psiquiátrica toda la arquitectura de asilo) y se aleja igualmente la ausencia absoluta de excitante: en efecto, un silencio muy profundo impide dormir, despierta el miedo, da en todo caso la idea, la sospecha, que uno se encuentra en un universo artificial o sea humano, demasiado humano; entonces y en consecuencia se lo llena de ruidos naturales, por así decir, la lluvia que cae ⁽²⁰⁾, audioterapia atinada y, en último caso, individual. Si el paisaje de los líricos es un estado de alma, él es también su transformación, e igualmente su transfiguración. Como sea, se comprende por qué en Michelet la montaña puede merecer el llegar a ser una medicina psíquica.

20. *La thérapeutique pour la chlorpromazine en pratique psychiatrique*, par L. REVOL, Masson, 1956, p. 112.

En cuanto al aire ligero y sutil, Michelet no parece vacilar: él considera este beneficio como la consecuencia misma del aislamiento social. Las preocupaciones y las inquietudes, los cálculos, y los conflictos perturban la amplitud psíquica, parecen estrechar, sofocan. Cuando el alma se eleva y abandona abajo las miserias humanas y sus brumas, recupera su libertad, su ánimo y su liviandad; sobre todo, cumple un deseo imperioso de elevación. Como en la poesía de Sully-Prudhomme, el alma alada sólo sueña con elevarse, de ahí, por otra parte, los viajes en globo aerostático, el gusto por las escaladas y todas las conductas ascensionales. Se sube para crecer, para reencontrar el origen cósmico y, en general, el comienzo maternal. Si se puede, como Paracelso, buscar el amor originario edípico en las entrañas de la tierra ⁽²¹⁾, si se puede preconizar una metalo o una teluroterapia correspondiente, parece no menos cierto, si se lee y se acompaña a Michelet en todas sus efusiones, que se pueda experimentar un consuelo del mismo orden y encontrar una salvación semejante en la altituderapia o en la aeroterapia. De ahí, en parte, esta religión alpina y este impulso imaginario, con bases al mismo tiempo litera-

21. "El alumbramiento del mineral por la tierra, esta madre simbólica de toda la naturaleza, el problema de los yacimientos, de su formación y de la simiente mineral, de la que se hablaba aún, todo esto se superponía a la pregunta ya rechazada y entenebrecida de su propio nacimiento... La formación de un mineral en el suelo es como la gestación de un niño en el útero materno... Teofrasto podía, mezclar la inquietud de su propio origen con curiosidades mineras". ALLENDY, *Paracelse, le médecin maudit*. N. R. F., 1937, p. 19.

rias y médicas, que parte de Rousseau y que desembocará en la construcción de los primeros sanatorios, en Silesia, en la región montañosa de Riesengebirge.

Sin embargo, ver en esta medicación natural una anticipación de la climatoterapia y considerar a Jules Michelet como un precursor genial o un visionario inspirado, sería caer en las novelas de la "historia recurrente", denunciada a justo título. Es el momento de recordar las palabras de Brunschvicg: "No es lícito decir que uno sabe una cosa, aun cuando uno la hace, en tanto uno no sabe que la hace" ⁽²²⁾, ni incluso, añadiríamos, porque verdaderamente la hace.

Apenas sí hemos vacilado en hurgar el inconsciente ancestral como el subconsciente poético, para reencontrar los móviles que han conducido hacia la altituderapia romántica e incluso la solituderapia roussoniana que realiza como una "hibernación afectiva", una cura de sueño social, una regresión hacia los silencios naturales y sedantes. Esta fuga hacia las vertientes o las cimas de las montañas revela, en nuestra opinión, una exigencia de lo imaginario, un arquetipo fundamental de la curación, una constancia incluso de los ejercicios mágicos. No nos sorprenderá encontrarla en todas las civilizaciones y en todos los folclores. "Uno de los principales atributos de los que se provee el chamán, amerindio o siberiano, cuando ejercita sus poderes, es la pluma de aire... El Tereno del Chaco hace salir su pluma de su nariz y la presencia de una pluma en el cerebro del novicio Pomo testimonia la vocación chama-

22. *La connaissance de soi*, p. 68.

nística... Lugar de ascensión para el difunto que alcanza la vía láctea, los truenos protectores o incluso el paraíso, el aire es tomado prestado por los espíritus cuando éstos descienden al llamado de los hombres... Mitos y fórmulas terapéuticas "narrativas" dejan ver, de la manera más formal, que el soplo del chamán comunica la vida... Las imágenes del aire están íntimamente ligadas a las de la tierra: el abeto, por ejemplo, que más que cualquier otro árbol se yergue recto contra el cielo, interviene en la composición de la leña con la cual el postulante indio pasa su noche en vela... ⁽²³⁾.

Nos falta ahora desplazarlos al otro extremo de las ideas medicamentosas y evocar los argumentos fisiopatológicos reales que actúan en favor de la aeroterapia o de la cura sanatorial. Se notará que entre estos dos polos, o estas dos maneras opuestas de concebir la misma materialidad redentora y energizante, se intercala y circula el empirismo de la gente común y corriente.

La oroterapia se justifica a sus ojos por motivos transparentes y elementales:

23. M. BOUTELLIER, *Chamanisme et guérison magique*, P. U. F., 1950, p. 293. No podríamos desarrollar todo, pero se adivina la riqueza del tema médico del abeto, el árbol siempre verde e imperecedero, el árbol de las montañas y de las cimas, dirigido hacia el pleno cielo. El realiza en apariencia el impulso de la aspiración humana, es una medicina, de ahí quizá el entusiasmo por los brotes de abeto, las resinas y los alquitranes, las gomas y la trementina, todos más o menos pectorales. Sobre este tema se puede consultar tanto Berkeley como Michelet, Frazer como Lévy-Bruhl.

1. La montaña provoca una poliglobulie funcional, una multiplicación de hematíes, como si, fisiológicamente, el número de glóbulos rojos pudiera servir como signo de salud. Como en los tiempos de Brown, se teme a la anemia, a la astenia, se recurre gustoso a todo lo que estimula, despierta o fustiga, del alcohol a la electricidad, de la vitamina a los extractos de órganos opoterapéuticos ⁽²⁴⁾, etc.; la lista no se detiene ahí y hay que inscribir en ella el paseo a la montaña, como la carne sangrante o el vaso de Madera o de Málaga, vinos generosos y considerados como reconstituyentes. En todos estos casos se ve surgir el viejo tema mágico que eleva la sangre al rango de elemento fundamental y que, en un segundo tiempo, sacraliza todo lo que es rojo, potencia, fuerza, y todo lo que se considera útil para luchar contra la palidez de lo enfermizo. Es así como el tuberculoso avanzado de antes, no solamente conquistaba las cimas aéreas, sino que era sometido a una intensa sobrealimentación destinada a combatir precisamente esta consunción (el enflaquecimiento). Debove extendía la indicación hasta el atiborramiento y preconizaba más particularmente la carne cruda de caballo. Más tarde, se asistirá al abuso paralelo de las sales de calcio y la moda de la calcitera-

24. Extractos de hígado, de bazo, de placenta, de ganglios linfáticos, etc. No es difícil encontrar "denominadores comunes" afectivos de esas vísceras o tejidos. [*Opothérapie* del griego *opos* = zumo y *thérapie* = empleo terapéutico de órganos, de glándulas endocrinas, en estado bruto o bajo la forma de extractos (*Dictionnaire Petit Robert*, éd. 1998) (n. del t.).]

pia ⁽²⁵⁾. La mitología curativa tiende por todos los medios a intensificar la hematopoesis: de la transfusión al uso del hierro, cuando seguramente se sabrá que la hemoglobina contiene hierro; del reconstituyente al reglobinizante. Señalemos de paso que el hierro, que otorgaba una salud de hierro, antes de toda racionalización y pretexto fisiológico, era prescrito *larga manu*, por una parte, porque las sales de hierro utilizadas eran de color rojo; por otra parte, como él es el arma, la armadura de los fuertes, él no puede dejar de fortificar: "Me acuerdo del hierro incandescente que sumergíamos en el vino hirviente. Este re-

25. Sobre la calciterapia intravenosa y sobre sus efectos, se puede consultar, el artículo, útil para todo fin, de Guy LAROCHE & J. TREMOLIERES, *Thérapie*, 1951, p. 357, "Les bases physiologiques de la calcithérapie veineuse". Y sobre el mismo tema, la medicación cálcica antituberculosa, se puede leer con pasión el análisis del profesor THIERS, en su libro sobre las vitaminas; para resumirlo, sería un error pensar que la calcificación es la causa de la curación —error favorecido por la anatomía patológica. Ella es más bien la consecuencia. La riqueza en calcio o en oro de un tejido con necrosis, en un enfermo tratado con derivados cálcicos o auríferos, no resulta de una afinidad electiva del tejido tuberculoso por el oro o el calcio, sino del hecho que un tejido muerto, un tejido con necrosis, se impregna de todo ion mineral administrado al organismo. Toda zona parenquimatosa que se gangrena deja de ser impermeable a los iones minerales. Incluso la sobrecarga cálcica de la intoxicación calciférica no sería el hecho primitivo: el calciferol desorganiza primero el equilibrio en fósforo de la célula, de ahí la alteración celular, punto de destino de una impregnación. Se comprende el mecanismo del error terapéutico: el *post hoc, ergo propter hoc*.

medio marcial era suministrado entonces con todas sus virtudes. Curaba todo, el cuerpo y el espíritu, y ya curaba él al niño soñador por la acción de grandes imágenes. Bastaba en seguida abrir un viejo libro para comprender que el vino rojo que había extinguido al hierro rojo se encargaba de la clorosis... Muy cerca de esas ensoñaciones del hierro enrojecido en el fuego y sumergido en el vino se puede situar la extendida práctica alquímica de las aguas metálicas obtenidas por extinción de metales incandescentes. Era un procedimiento de tintura que tenía fines médicos⁽²⁶⁾. El vino tinto dinamizado por el hierro rojo, he aquí una sobredeterminación que equivale rigurosamente a la sobrealimentación a base de carne en cura sanatorial. El rojo que de alguna manera se impregna de sí mismo. Es, además, un rasgo característico de las magias el que ellas no dejen de reforzarse por todos los medios imaginarios a su disposición, y que se consagren a las más excesivas de las polifarmacias (la teriaca * comprende más de sesenta elementos, por ejemplo), de manera opuesta a las terapéuticas modernas que no multiplican las drogas del mismo modo: en lugar de adicionar, de sobrealimentar sin miramientos las sustancias, ellas sólo las utilizan con fines restrictivos, negativos o de compensación.

26. G. BACHELARD, *La Terre et les rêveries de la volonté*, Corti, p. 145.

* *Thériaque* (en español *Teriaca*), preparación farmacéutica que contiene numerosos principios activos, entre ellos el opio y que era empleada antiguamente contra la mordedura de serpientes (*Dictionnaire Petit Robert*, 1998; n. del t.).

2. Sobre las alturas, la atmósfera parece más ligera, por ende más penetrante y mejor inhalada. Los miasmas habrían desaparecido y el aire estaría liberado de los alérgenos, de las contaminaciones, de las suciedades diversas que lo envenenan. Vieja mitología abrigada aún por el empirismo y que consagra las sustancias sutiles, lo invisible y lo espiritual, y que, por otra parte, reconoce en la muchedumbre y en el amontonamiento el origen de los males y de los trastornos que el solitario evita. La epidemia cae solamente sobre el pueblo, como lo señala la etimología. Parece también que, en el amontonamiento, el aire vital, el *pabulum* o el alimento, no puede ser distribuido en cantidad suficiente y la lucha por la vida crea la competencia, de ahí las asfixias comenzantes y una privación funesta⁽²⁷⁾. En lo que concierne a la pureza del medio, su plenitud y su difusión, no es éste el momento de mostrar que la epidemiología ha liberado el pensamiento de sus caras ilusiones y ha negado también la mayoría de los dogmas relativos al contagio.

Si tal es la silueta, a grandes rasgos, de la creencia tradicional y de la teoría empírica, si tales son los prejuicios que se ejercen aún⁽²⁸⁾, no podemos estar mejor

27. Se puede evocar la frase de J. J. ROUSSEAU: "El aliento del hombre es mortal para el hombre".

28. No podemos pretender haber agotado todas las manifestaciones, ni haber inventariado todas las pseudojustificaciones. Se pueden leer muchísimas e incluso algunas muy curiosas. En la obra *Crénothérapie, climatotherapie, thalassotherapie*, 1910, de LANDAUZY, Armand, GAUTIER, de LAUNAY..., se en-

preparados para comprender la refutación. No es ni por azar ni por gracia que, en el siglo XIX, se llegó al abandono de esta religión natural y a un examen crítico, desmitificante. No es vano para el historiador de los descubrimientos señalar que se aborda por fin el problema y que se plantean las preguntas, primero, como consecuencia de la estruendosa catástrofe del *Zénith*: drama aéreo que va a moderar, si no a suspender, las tentativas aeronáuticas improvisadas⁽²⁹⁾. Se buscaba esen-

cuentra: "En la montaña como en el mar, la fiebre de supuración puede sucumbir a la sola acción de la pureza atmosférica. El barrido incesante de superficies supurantes por un aire exento de gérmenes, atraído hasta los últimos alvéolos por una inspiración profunda realiza una antisepsia pulmonar eficaz. Tanto más cuanto que el aire de la altura le quita más agua a la superficie de los pulmones y favorece así la desecación. Un enfermo con pus séptica en los pulmones y la consecuente fiebre, debe ir a la montaña y no a otra parte". Del célebre compendio del M. PIÉRY sobre la *Climatologie*, 1934, donde lo mejor y lo peor parecen haber sido reunidos, extraemos esta cita: "Si al desplazamiento (la dromomanía en terapéutica o el "cambio de aire") se añade el sentimiento de peligro, como en ciertas ascensiones, la revulsión psíquica es más viva. Un bello sitio peligroso como meta es doblemente excitante... Quien ha superado un peligro es semejante al que ha atravesado una enfermedad infecciosa, está vacunado" (p. 597).

29. Señalemos entre estas tentativas las de BIOT y GAY-LUSSAC, luego la de Gay-Lussac en 1804. El objetivo de estas ascensiones era la medición de la supuesta disminución del magnetismo terrestre. Pero en el transcurso de la segunda (16 de septiembre de 1804), Gay-Lussac, quien se elevó hasta 7.016 metros, tomó, a la altura de 6.636

cialmente precisar la altura extrema a la que podía elevarse el hombre; se quería fijar las fronteras aéreas del espacio humano, al que se imaginaba casi infinito. Los dos más célebres aeronautas encontraron entonces la muerte, en 1775, luego de un éxito (el *Zénith* habría alcanzado diez kilómetros) y a pesar de las reservas de oxígeno que debían protegerlos⁽³⁰⁾. El fisiólogo Paul Bert había en efecto atribuido a esta causa (la rarefacción gaseosa) los malestares que se experimentaban en los primeros kilómetros. Paralelamente —segunda solicitud— se interesa en la descripción de los trastornos que habían registrado los conquistadores, Cortés, Pizarro, los exploradores de la América del Sur, quienes escalaron la cordillera de los Andes⁽³¹⁾. Para desacralizar el aire "de lo alto" y frenar el impulso hacia las cimas, hacían falta las tragedias, por así decir experimentales, de los viajes aéreos (the balloon sickness) y los relatos dramáticos de los aventureros que colonizaron el Nuevo Mundo (the Mountain sickness)⁽³²⁾.

metros, una muestra de aire. El análisis eudiométrico de este aire debería mostrar que su composición era la misma que a nivel del mar, y sin la menor huella de hidrógeno. Gay-Lussac consignó también en su relación de viaje, los síntomas circulatorios y respiratorios que había experimentado.

30. Sivel y Croce-Spinelli perecieron. Sólo Gaston Tissandier sobrevivió.

31. Así, Cortés desembarca en México, conquista el imperio azteca, atraviesa los volcanes mexicanos; algunos de ellos, el Popocatepetl por ejemplo, superan los 5.000 metros.

32. Constatemos una vez más las relaciones entre fracasos técni-

Para esclarecer los pensamientos turbios y curar el pensamiento mismo, digamos cuál es el principio curativo válido que fundamenta la cura sanatorial.

Al tuberculoso, en efecto, esta última sólo le ofrece aparentemente peligros y se le revela como una medicación natural tóxica:

1. En primer lugar, a altitud media, es seguro que la ventilación pulmonar se exagera. Lejos estamos de lograr el reposo de los tejidos respiratorios. No enumeremos las causas de este aumento de amplitud, pero veamos la magnitud del alcance de este efecto: "Weber ha notado un aumento del perímetro torácico en sujetos sanos, después de una estancia de 3 a 12 meses en alta altitud, de uno a dos centímetros y medio... Monge, durante sus excursiones en las montañas peruanas, también notó el aumento de los diámetros anterior, posterior y lateral del tórax en los miembros de su expedición... La posición media del tórax es cercana a la de la inspiración forzada"⁽³³⁾. Se trata, *grosso modo*, de compensar la disminución de la capacidad vital del organismo sometido a una atmósfera enrarecida.

cos y progresos científicos. Fue en 1878 cuando Paul BERT publicó *La pression atmosphérique. Recherches expérimentales*. La primera parte de esta obra describe la historia de las investigaciones y de las ideas relativas a la fisiología de la altitud. Es un modelo del género. No es superfluo señalar que Paul Bert, cuyos trabajos sobre la fisiología respiratoria datan de unos quince años atrás, había sido orientado en esta vía y sostenido financieramente por Jourdanet. Durante sus viajes a México, JOURDANET se interesó en el mal de las montañas. Antes de su tratado de 1875 sobre la *Influence de la pression de l'air*..., él había publicado, en 1861, *Du Mexique au point de vue de son influence sur la vie de l'homme y Les Altitudes de l'Amérique tropicale au niveau de la mer au point de vue de la constitution médicale*.

2. En efecto, no se podría constatar el principio de una disminución progresiva del oxígeno y sobre todo el de una baja importante de su tensión barométrica. Sobre las cimas elevadas, esta depresión reduce y obstaculiza severamente los intercambios gaseosos, de ahí el mal de los aviadores, por ejemplo, y de los ascensionistas. Nos place recordar que, en 1898, Mosso atribuyó esta patología de la alta montaña (en Mont Rose, 4.500 m.) no tanto al enrarecimiento del oxígeno sino a la acapnia, es decir, a la disminución del gas carbónico en la sangre. El resultado es una respiración comprometida (ritmo de Chayne-Stokes) por la privación de una "hormona" respiratoria y, como consecuencia, la no-excitabilidad del centro bulbar. Esta desoxigenación barométrica se opone frontalmente a la ilusión común del aire vital, abundante y puro.

3. Sin contar este riesgo, ligado a una especie de climatoterapia, a un abuso de posología que produce finalmente una privación —y éste no es el único caso donde se ve la prodigalidad medicamentosa de la magia convertirse en su contrario y desencadenar lo opuesto—, no es menos cierto que una aireación incluso moderada se traduce en una hiperemia pulmonar, luego en un estado de congestión que puede favorecer "el esputo de

33. *Traité de climatologie, biologique et médicale*, sous la direction de M. PIÉRY, t. I., p. 831 (*Le climat de montagne* par M. PIÉRY & M. MILHAUD, p. 792).

sangre". ¿Es este esputo causado por la aceleración de los movimientos respiratorios, por la disnea de esfuerzo o por la sobrecarga ventricular derecha? En todo caso, la cura oroterapéutica no conviene al cardíaco ni, paradójicamente, al que respira mal, ni a algunos pulmoniacos, ni incluso al erético fatigado por esta adaptación. Los peligros que acabamos de evocar en líneas generales, alejan paralelamente de la montaña a un buen número de tuberculosos: "La solución está en las formas clínicas de la tuberculosis establecidas por Bard. Son ciertas formas de tuberculosis congestiva las que dan lugar a las hemoptisis y que deben ser alejadas de las montañas. Son las tuberculosis fibrosas más o menos densas, de accesos de fluxión sucesivos, favorecidas por la montaña y que reclaman y exigen la región de atrás de la Costa Azul; es también la tuberculosis fibronecrótica congestiva, con marcada hipotensión arterial; la cura de altitud aumenta su eretismo cardíaco y favorece la producción de las hemoptisis..." (34).

Anotaciones que nos son preciosas, pues ¿no era tentado el sentido común e inmediato a conducir hacia la montaña precisamente al que respira mal, como al que "pierde su sangre"? Además, ellas ponen el acento sobre las inconveniencias y las posibilidades de agravación debidas a una prescripción que, por ser *natural*, no podría, para el inconsciente o en el dogmatismo empírico, acarrear *ningún peligro* ni merecer el menor desprecio o contraindicación.

Nos falta precisar el porqué curativo de la cura sanatorial, considerando que rechazamos la in-

vocación de una riqueza en oxígeno como la de una menor proporción de ácido carbónico. Las pocas cifras o precisiones que siguen servirán, por otra parte, para fundamentar esta observación: "En los lugares más confinados y más superpoblados, el oxígeno del aire disminuye raramente en un 1%. Además, se lleva una existencia normal en altitudes donde la cantidad absoluta de oxígeno por unidad de volumen de aire se reduce a las 2/3 de la que hay a nivel del mar. No se respira más, sino notablemente *menos* oxígeno en las estaciones alpinas que en las partes bajas. En cuanto al ácido carbónico, en efecto, se ve aumentado en el aire confinado, pero se lo puede respirar indefinidamente sin daño en una atmósfera que contenga 100 veces más ácido carbónico que el que hay en el aire confinado de las habitaciones mal aireadas. Por otra parte, al aire libre, respiramos normalmente un aire muy cargado de ese gas, puesto que respiramos realmente nuestro aire alveolar que contiene aproximadamente el 5% de ácido carbónico, en lugar del 0.003% de la atmósfera. La presencia de ácido carbónico en semejantes proporciones en nuestros alvéolos pulmonares es en efecto indispensable para la vida... Y las pretendidas sustancias proteicas volátiles, con las cuales la respiración humana contaminaría la atmósfera y la volvería tóxica, no existen" (35). La caución del científico fisiólogo que fue Edouard Rist no parece suficiente para rechazar las teorías químicas (oxígeno) y físicas (aire puro) de la aireación. Los tratados mismos sólo avanzan tímidamente sobre este terreno peligroso y pasional. Es de manera furtiva como ellos señalan la presencia de alérgenos, de polvos o de residuos en la atmósfera saludable: evidentemente, no se podría subestimar la influencia tóxica de ciertos espacios industriales, en donde la difusión profunda de polvos activos se ve favorecida por sus dimensiones ultra-microscópicas. Ninguna duda está permitida. No por esto el clima de montaña debe ser considerado como absolutamente estéril y completamente decantado y liberado del polvo; si él no está verdaderamente cargado, como el aire de la llanura y el de la ciudad, de lo que de manera abusiva se llama "el lodo atmosférico", luego de las experiencias de Pasteur, él se ve colmado de una multitud de aerosoles forestales, de emanaciones volátiles, de polen, de efluvios, de residuos vegetales o animales, como las esporas y gérmenes que componen verdaderas micro-nieblas donde no faltan además las moléculas minerales reducidas al estado iónico (36).

35. E. RIST, *La tuberculose*. A. Collin, p. 252. El capítulo que hemos citado se titula "Les théories erronées de l'aération". Debemos agradecer al profesor A. Lemaire quien nos ha señalado el valor y la importancia de ese libro.

cienta para rechazar las teorías químicas (oxígeno) y físicas (aire puro) de la aireación. Los tratados mismos sólo avanzan tímidamente sobre este terreno peligroso y pasional. Es de manera furtiva como ellos señalan la presencia de alérgenos, de polvos o de residuos en la atmósfera saludable: evidentemente, no se podría subestimar la influencia tóxica de ciertos espacios industriales, en donde la difusión profunda de polvos activos se ve favorecida por sus dimensiones ultra-microscópicas. Ninguna duda está permitida. No por esto el clima de montaña debe ser considerado como absolutamente estéril y completamente decantado y liberado del polvo; si él no está verdaderamente cargado, como el aire de la llanura y el de la ciudad, de lo que de manera abusiva se llama "el lodo atmosférico", luego de las experiencias de Pasteur, él se ve colmado de una multitud de aerosoles forestales, de emanaciones volátiles, de polen, de efluvios, de residuos vegetales o animales, como las esporas y gérmenes que componen verdaderas micro-nieblas donde no faltan además las moléculas minerales reducidas al estado iónico (36).

La cura sanatorial nada tiene que ver con una sobreoxigenación que reemplazaría la hematosi deficiente, ni con una elevación hacia lugares despejados, sin miasmas deletéreos o influencias tóxicas. Ella tiene un fundamento más objetivo, tan inesperado como fisiológico: esencialmente una acción que tiene que ver con la termorregulación, un masaje cutáneo que favorece la circulación pe-

36. Ver, al final de nuestro artículo, la nota sobre la extensión ilegítima de las experiencias de Pasteur.

riférica y estimula los nervios dérmicos, los cuales se reflejan en los centros y mantienen, sin duda, su tonicidad. La piel, sistema fundamental en efecto, merece seguramente ser descrita de otra manera que como una envoltura protectora. En el encuentro del complejo intelectual que privilegia lo profundo, lo invisible y lo oculto, ella está dotada de una fisiología polivalente, funciones tan múltiples como decisivas. Esta piel es a la vez un "centro nervioso", lo que su embriología no contradice, y un "corazón periférico", lo que se justifica suficientemente en el número de sus capilares. Es precisamente por un mecanismo circulatorio y nervioso periférico como la influencia real de la cura sanatorial se ejerce. La altituderapia prodiga sus beneficio no tanto por medio de los pulmones sino por el sesgo de lo cutáneo; aún falta ver cómo.

El clima de montaña goza de una temperatura baja y que decrece con la altitud, sobre todo en primavera y en verano. La humedad sufre allí la misma variación; en consecuencia, sobre las cimas se vive en un aire más fresco y más seco que en las llanuras.

Estas dos constancias convergen y explican que el aire de las alturas favorezca la pérdida de calor, la radiación en la superficie de la piel y la evaporación cutánea. El organismo se enfría. Cuando la temperatura es elevada y el aire húmedo, la transpiración es como impedida y el calor del cuerpo retenido. Toda una nube de determinismos diversos se entrecruzan aquí, sobre los cuales no vamos a insistir: fenómenos de pérdidas, de conducción, de diatermia, de ventilación, pues el enfriamiento se opera sobre todo por el hecho de la circulación del aire y su re-

novación. Sólo queremos presentar lo esencial. No solamente la atmósfera móvil, seca y fría ase-guna una especie de conflicto entre el adentro y el afuera, entre el interior y el exterior, ella vivifica, estimula los centros, anima los metabolismos: inversamente, en el aire confinado, la humedad, si no el trasudor, y el calor comprometen tanto la termorregulación como el comportamiento del agua en el organismo. Este último se muestra extremadamente sensible a los trastornos puramente líquidos; la circulación hídrica interviene quizá en el mismo grado que la sanguínea, a tal punto que todas las graves patologías (las nefritis, los edemas, la enfermedad cardíaca, la toxicosis, el shock en general, las deficiencias hepáticas, las carencias, etc.) corresponden o se asocian a un desorden del agua, a un compromiso del conjunto hidrosalino. En un grado menor, todo lo que favorece o perturba la transpiración, la evaporación y lo que se les relaciona no dejará de marcar profundamente el organismo.

Cierto, lo hemos señalado, una ventilación excesiva parece borrar estas ventajas y amenaza impedir la cicatrización de las lesiones pulmonares. Es por esto que no podría hablarse de climatoterapia sin asociarla a su *antídoto* inevitable que termina incluso por superarla en el orden de importancia: la cura del reposo absoluto, especie de colapsoterapia natural a *mínima*, que tiende a reducir el "traumatismo inspiratorio", según la expresión de Forlanini. De esta pareja de exigencias complementarias se deriva la triada: cura de frío, cura de reposo, cura de aire nocturno, en la intención última de favorecer la descongestión calórica. El aire, bajo el ángulo de la fisioterapia, ac-

tuaría de tres maneras diferentes, aunque convergentes: facilita la termorregulación, estimula el sistema nervioso, además permite la resistencia al frío y la consecuente educación vaso-motriz de las vías respiratorias. Sin contar la helioterapia coadyuvante, que se ejerce igualmente por el sesgo cutáneo y sin insistir sobre la importancia de la evaporación pulmonar, que va en el mismo sentido y que es, en el clima de montaña, considerablemente aumentada: "Al ser más seco y de temperatura más baja, el aire aspirado en las alturas se carga a nivel de los pulmones de una mayor cantidad de agua que es de esta manera sustraída al organismo y mucho más cuanto que, bajo la influencia de la anoxia*, la capacidad respiratoria aparente aumenta... La eliminación más considerable de agua trasegada directamente a la sangre y a los tejidos del pulmón, durante las estancias en las alturas, contribuye a desecar las mucosas respiratorias y ayuda a la curación de las afecciones catarrales. La fiebre es igualmente influenciada por esta evaporación más activa del interior de los pulmones. Se sabe igualmente que uno de los efectos inmediatos de la altitud en los tuberculosos es la disminución de los sudores nocturnos, pero quizás, al lado de la sequedad de la atmósfera que deseca la piel hay que hacer intervenir la

* En francés, existe el término "anoxémie" o disminución de la cantidad de oxígeno contenida en la sangre; la anoxémie puede provocar la "anoxie" o disminución de la cantidad de oxígeno que la sangre distribuye a los tejidos. En español sólo hemos encontrado "anoxia" que tiene ambos significados (*Dictionnaire Petit Robert* y *Diccionario de la Real Academia Española*; n. de t.).

noción de frío" (37). Es en las partes bajas donde el tísico, envuelto en la humedad, será sensible a las "oleadas de frío" y a las afecciones intercurrentes. Hipotéticamente, la acción climatoterapéutica se ejerce sobre la superficie alveolar y sobre todo cutánea, actúa sobre el doble teclado circulatorio y nervioso periférico, ella puede reducirse a una termorregulación hipotermisante, descongestionante y tónica. Desde el punto de vista metodológico, seremos sensibles a la distancia que nos separa de las teorías erróneas, primitivas y empíricas que llegaban hasta imaginar la altura como un medio de elevar o de realzar el organismo lánguido. Se concebía entonces la vida al aire libre como una panacea romántica: bastaba una existencia simple y rústica, incluso un poco ruda, en nombre de la cual el enfermo era invitado a practicar las más peligrosas actividades, marchas forzadas, trabajos manuales, exposición a los elementos, del sol al viento. A pesar de un denominador común aparente y material (la montaña), estamos en la *antípoda del reposo metódico* esencial y de la cura de la aireación moderada, continua y nocturna.

En caso de que nuestras conclusiones parecieran gratuitas o un poco aventuradas, debemos recordar las *dos experiencias concluyentes y fundamentales* de Léonard Hill: la fisiología experimental refuerza y precisa los temas de la climatoterapia. "Los efectos deletéreos del aire confinado no pueden ser atribuidos a la composición química de éste. Dos jóvenes —y aquí utilizamos un resumen sucinto y transparente de E. Rist—

sanos son encerrados en una pieza herméticamente cerrada, provista de un ventilador eléctrico, y una de cuyas paredes es de vidrio, para poder observar lo que pasa adentro. Al cabo de 44 minutos el termómetro marca 30°5. La cantidad de oxígeno de la cámara descendió en un 15.1%, la de ácido carbónico se elevó en un 5.26%. Los jóvenes experimentan un gran malestar; están silenciosos, agobiados, deprimidos; sus rostros están congestionados, su piel reluce de sudor.

"Ponemos en marcha el ventilador eléctrico: ellos experimentan un alivio inmediato. Lo detenemos: el malestar recomienza. La cantidad de oxígeno se ha vuelto tan débil en la pieza que no se puede encender una cerilla.

"Uno de los sujetos en experiencia respira por un tubo el *aire de afuera*: esto no disminuye su malestar.

"Una persona situada afuera respira, al contrario, el *aire confinado* de la pieza cerrada: no experimenta malestar alguno" (38).

De estas experiencias y contra-experiencias, al parecer irrefutables, sacamos aún la prueba de que la aeroterapia no considera ni la polyglobulie de la salud, ni la sobreoxigenación imaginada. Se trata aún menos con el reposo, que debe acompañarla como su sombra, de una especie de *nursing* como la religión del "bed-rest" parece sugerirlo. En realidad, la triada frío, aire, reposo busca una cierta hipotermia, una acción tónica y descongestionante, debida a la evaporación pulmonar y a la sudación facilitada. En montaña, no se respira tanto un aire puro como un aire seco, fresco y siempre en movi-

miento. Se adivina la ventaja que aporta, en todo estado de causa, una medicación estimulante en un enfermo precisamente inclinado a una vida confinada, más o menos enflaquecido, sometido de antemano a una higiene y a regímenes fantásticos, totalmente destinados a luchar contra la sola caquexia.

Finalmente, la cura de montaña preconizada no se parece, excepto por la burda analogía del lugar, a la altituterapia hipocrática y a su naturismo. Con Hipócrates, en efecto, la medicación apunta hacia el restablecimiento de una armonía biológica y humoral por el juego de los cuatro elementos naturales que corresponden *grosso modo* a los cuatro humores, es decir, lo caliente o el sol, lo frío o la tierra, el aire o lo seco, lo húmedo o el agua. Cada temperamento, como la palabra lo indica, resulta de la mezcla de estas cualidades y la enfermedad misma de un trastorno de la *Krasis**, de ahí los beneficios de los agentes naturales para restablecer la compleción. No hay ya semejanza con la cura de montaña romántica, que expresa esencialmente una fuga de lo social y traduce la oposición a la industrialización y a las consecuencias nocivas de la naciente urbanización. Todo lirismo, en general, sólo puede mirar hacia atrás, en busca del tiempo perdido, y debe al mismo tiempo arrojar el anatema sobre el presente y maldecir la vil realidad. En cuanto a las anticipaciones y a las visiones del futuro, ellas sirven sobre todo de exutorio a los resentimientos y permiten en toda inocencia justificar

* *Crase*: composición de los humores orgánicos. *Dyscrasie*: perturbación de los humores orgánicos, mala constitución. (*Dictionnaire Petit Robert*, n. del t.). Del griego: *Krasis*. En español: discrasia.

el pasado muerto. El romanticismo no ha faltado a esta misión de voluntad retrospectiva. Es por esto que la montaña equivale a un medio ideal, no alterado por los miasmas y las emanaciones, ni sobre todo por el gas carbónico considerado deletéreo (que se sueña en la importancia de la hemacarbonosis de entonces).

La montaña no es todavía una realidad a utilizar, sino más bien un valor a respetar: en consecuencia, se recomienda expresamente una elevación moderada, pues la montaña puede lo mejor como lo peor. De manera semejante, la virtud evita los extremos y se sostiene entre sus precipicios. Sin embargo, la prueba de que la montaña es menos *objeto* que *ideal* proviene sobre todo y paradójicamente de su utilidad, en las farmacopeas antiguas, para tratar los contrarios; ella vale en todos los casos, universalmente. No sin asombro se leen los beneficios de la climatología en la cloroanemia, para reglobunizar, entre otras razones, y que se la vea igualmente indicada para el pletórico, el sanguíneo, etc. ¿En nombre de cuál principio? Primero porque se la aproxima audazmente a la sangría y a la desoxigenación barométrica, la que se convierte en una desoxigenación globular; luego, porque de una baja de la presión exterior se esperan efectos favorables sobre la circulación; por último, porque se atribuye al ejercicio muscular la posibilidad de oponerse a las estasis sanguíneas y porque la sangre mejor aireada y en movimiento contribuirá a luchar contra los espasmos del sistema nervioso vegetativo. En resumen, en una escolástica tal, el sanguíneo se transforma en un anémico que se ignora, él sufre de "anemias locales" como consecuencia de la lentitud de la corriente san-

guínea, de la congestión y de una mala regulación nerviosa de la afluencia circulatoria. Por otra parte, lo más frecuente y sin ir siempre tan lejos, nos referimos al principio maniqueo que gobierna la aeroterapia: escapar de los bajos fondos sobrecargados, insalubres y envenenados, ascender para estar al abrigo de las humaredas y de las emanaciones tóxicas (39). Se comprende entonces que esa cima protectora y pura pueda valer en y contra todas las enfermedades, sin exceptuar las contrarias: la anemia o la plétora, los trastornos debidos a la carencia o a la sobrecarga. En los dos casos, se trata de retirar lo deletéreo, en un caso, el veneno que contiene el mal aire de la ciudad, en el otro, las escorias de una higiene y de una vida sedentaria que hacen más lentos los intercambios.

Sin embargo, con la medicina contemporánea, la cura sanatorial se ve beneficiada de ventajas y de efectos tan seguros como li-

39. Así, se lee en JOURDANET, *Influence de la pression de l'air sur la vie de l'homme*, 1876: "En toda circunstancia, el beneficio no resulta tanto de las influencias directas de la nueva localidad como de la ausencia de las malas condiciones en las que se había vivido hasta ese momento" (p. 585) y "En un centro populoso... el hombre jamás respira un aire puro, absolutamente privado de emanaciones nocivas... Y no hablemos solamente de gas. Otros productos naturalmente líquidos, incluso sólidos, que la sangre transporta en forma de disoluciones, obstaculizan los vasos e impiden la absorción normal del oxígeno, como ocurre en los fenómenos orgánicos de combustión. Los glóbulos se alteran y se llega así insensiblemente a ese estado vagamente enfermizo que los escritores y los practicantes han llamado "anemia de las grandes ciudades" (p. 549).

mitados en importancia. Ella conoce contraindicaciones. En el tratamiento de las afecciones crónicas como la tuberculosis, sólo juega un *papel modesto de apoyo*, sin comparación posible con la colapsoterapia, mucho menos con las medicaciones antibióticas. Ella *no se separa de la cura de reposo* y parece que este baño de aire fresco y renovado actúa esencialmente mediante la agitación de procesos generales, más que por una estimulación y un aporte estrictamente pulmonares. Forzando un poco la nota ¿no podríamos afirmar que la actividad balnearia ejerce a menudo sus efectos por la vía pulmonar, gracias a la ionización natural de sus elementos y su pulverización? A la inversa, la aeroterapia puede concebirse como un baño, un masaje cutáneo constante, una reflexoterapia, de ahí la necesidad para el terapeuta de suspender impulsos y de detener sus creencias espontáneas, que llevan a pensar que el aire vivo y seco inspirado sólo puede intervenir sobre el campo pulmonar y que, de hecho, conviene esencialmente a los tísicos.

De esta última conclusión, debida ella misma a nuestra incursión en el dominio de las rectificaciones modernas, podemos sacar una consecuencia epistemológica, al mismo tiempo que una lección de flexibilidad y de antiseptarismo. Esta inhalación de aire puro y rico en oxígeno, liberado de sus miasmas, define un principio erróneo, gracias al cual el siglo XIX e incluso el siglo XX obtendrán éxitos relativos pero incontestables. El error teórico puede resplandecer en efectos benéficos y en resultados positivos palpables o al menos controlables. He ahí una evidencia que la filosofía de las ciencias saca de la evolución de las medicinas. Si el dogmatismo no

37. PIERY, *Traité de climatologie*, p. 885 & 887.

38. *La tuberculose*, p. 253.

deja de ver el error deslizarse en lo verdadero, el antidogmatismo debe ayudar a mostrar lo cierto del error. Se nos objetará el carácter completamente teórico e inútil de esta conclusión, pero eso sería confundirse singularmente respecto a sus alcances. Un conocimiento de los errores históricos, benéficos o no, se convierte inmediatamente, en efecto, en un inventario "de las prácticas psicoterapéuticas". Desde su nacimiento, estos errores en el arte de curar corresponden sea a una necesidad, bien o mal comprendida, sea a una exigencia interior del alma humana. Es simplificador juzgar solamente el error a evitar o a eliminar, arrojarlo en las tinieblas, cuando él oculta una positividad y cuando él merece servir aun al mismo nivel que lo verdadero. En estas condiciones, explorar la historia del pasado farmacológico, develar las mistificaciones y los errores que lo tejen, no es un divertimento de cronista, sino que es seguramente abrir el *registro objetivo* y como experimental, o sea científico, de los *remedios subjetivos*.

La aeroterapia, en esta perspectiva, se ofrece como un ejemplo privilegiado. Por una parte, aunque inspirada por pensamientos imaginarios, da resultados reales y merece reingresar en una farmacopea reflexionada: ella es lo cierto de un error o de lo falso ⁽⁴⁰⁾. Por

40. Sobre el margen de acción de la sola cura sanatorial y de la climatoterapia, no nos alejaremos de las estrictas conclusiones de los fisiólogos. E. RIST respondió plenamente a esta interrogación: "La cura sanatorial sola es eficaz solamente en ciertas formas de tuberculosis pulmonar y en ciertos momentos de su evolución... Lesiones limitadas, de carácter débilmente

otra parte, en el supuesto de que no dé por resultado ninguna acción terapéutica ni eficacia controlable, ella no debería por eso ser menos considerada e incluso ampliamente indicada. Ella vale como principio imaginario, como aspiración del alma y como tema constante, o sea probado, de sus impulsos, de su búsqueda. De ahí otra verdad de lo falso objetivo y cuyo aspecto estrictamente psíquico se esfuerzan en ocultar las pseudo-razones. La altitudterapia, de la cual nos hemos esforzado en comprender la génesis y la evolución, de tan débil alcance como se quiera, se revela finalmente una terapéutica dos veces positiva. Ella lo es en la medida en que la fisiología precisa sus efectos saludables y, por fuera de sus resultados, ella se revela positiva por el hecho de su correspondencia con una exigencia existencial, de necesidad psíquica, o sea, un remedio benéfico a dispensar en las enfermedades más delicadas y diversificadas.

En hipótesis esta conclusión apareció con motivo de los malestares consecutivos a la ascensión. Esta experimentación es tan paradójica como involuntaria, en el sentido en que no fue animada por ningún diseño de verificación, en que rompió el encanto de la sobreoxigenación y en que, por contragolpe, provocó la investigación de las verdaderas causas de la curación por los aires. *El oxígeno y lo puro* se convirtieron entonces en coartadas que, por un lado, abrigaban y ocultaban el arquetipo psicoterapéutico ascensio-

evolutivo, constituyen una indicación muy precisa de cura sanatorial y cicatrizan a veces bastante rápido bajo la influencia de este tratamiento, etc.". (*La Tuberculose*, p. 261, chapitre: "Les indications de la cure sanatoriale").

nal y, por otro lado, impedían esclarecer la acción de esta *materia medicans*, su causalidad objetiva: una causalidad que no se definirá tanto química como *físicamente* y que, al contrario de las creencias, se ejerce menos por un proceso exclusivamente pulmonar que *por vía general*.

Nuestro análisis debía, pues, atravesar regiones disímiles: una antropológica o poética que muestra la aspiración que labra la psiquis debilitada y frágil, el deseo de elevarse y de ganar las cimas heroicas ⁽⁴¹⁾, la otra fisiológica e incluso experimental que libera los factores implicados, por último, dominio intermediario, al que el sentido común adhiere, el mundo del dogmatismo y de las aparentes certidumbres, que evocan las "resistencias" de lo analizado y que ha podido solamente estremecer el inverosímil *balloon sickness*. El error de la teoría tradicional llevaba a preguntarse: ¿por qué pudo surgir e imponerse esta explicación? Por qué llegó la montaña a ser tan atractiva? Además, ¿por qué podía subsistir este error, es decir, qué verdad oculta favorecía su mantenimiento? ¿Qué fisiología real confirmaba la obstinada mentira de la cima oxigenada y regeneradora? En resumen, después del porqué del error, el porqué de su apogeo; porque hemos querido responder a esta doble pregunta hemos tenido que mezclar los géneros, reunir evocaciones mitológicas, textos poéticos y resultados experimentales de fisiología respiratoria.

41. Numerosas expresiones del lenguaje corriente se inspiran en este tema: estar abatido, estar bajado, volar bajo, y las opuestas: levantarse, remontar la cuesta, enderezarse.

Nota sobre la extensión ilegítima en terapéutica de las experiencias de Pasteur relativas a la generación espontánea.

Conservamos en la memoria la conocida experiencia de Pasteur, expuesta por él ante la Academia de Ciencias y ante la Sociedad Química de París:

"Se reconoce igualmente, al escoger las épocas para un mismo lugar, o localidades diversas en una misma época, que se puede aumentar o disminuir a voluntad el número de balones que se alteran. Que por ejemplo dos series de balones sean abiertas, la una en el patio del observatorio de París, la otra en las cavas de ese establecimiento, en la zona de temperatura invariable donde el aire es muy quieto, habrá siempre muchos más balones que permanecerán intactos entre los que habrían sido llenados en las cavas; y todo anuncia que la totalidad de los balones permanecería sin alteración si el operador no transportara en sí mismo polvo, o sea, gérmenes".

"He aquí balones que han sido abiertos en el mes de septiembre de 1860 en la Mer du Glace. En el Montanvert, a 2.000 metros de altitud. De veinte balones, uno solo ha dado una producción. En la misma época, abrí sobre el Jura, a 850 metros de elevación, otros veinte semejantes; 5 de ellos dieron producciones organizadas, y ocho de veinte han producido en el campo, lejos de toda habitación, al pie de la primera meseta del Jura".

"Sin duda habría que multiplicar mucho estos ensayos. Pero finalmente, sucedió en estos estudios preliminares que la disminución de los gérmenes en suspensión en el aire ha estado en correspondencia evidente con la al-

tura más o menos grande en la cual habíamos operado" ⁽⁴²⁾.

De estas célebres verificaciones, se saca precisamente una conclusión demasiado esquemática: que en la montaña, lejos de los lugares húmedos y pantanosos, la atmósfera ya no contiene los miasmas patógenos, los gérmenes temibles, las vegetaciones enemigas.

De hecho, los escritos de Pasteur no permiten ir tan lejos. *Primero*, él jamás omite incriminar de alguna manera la agitación del aire que dispersa las partículas de polvo y las pone en movimiento: por sí mismas se sedimentan y se acumulan sobre los lugares planos o bajos, entonces ya no circulan. De ahí esta especie de ley fundamental: "Cuanto más nos alejamos de las habitaciones, menos gérmenes hay en el aire y más grande es el número de balones que no se alteran. Inversamente, cuanto más nos acercamos a las habitaciones, más grande es el número de balones que se alteran" ⁽⁴³⁾. Es la tranquilidad del aire la que aproxima el campo y la montaña.

Luego, segundo llamado que ayudará a modificar la conclusión habitual sacada de la experiencia de la Mer du Glace y que permitirá matizarla. Pasteur jamás pretendió que el aire de las cimas era puro. Siempre se cuidó de emitir juicios absolutos, él se limita a los rela-

42. PASTEUR, *Oeuvres*, t. II; Sur les corpuscules organiques qui existent dans l'atmosphère, Examen de la doctrine de la génération spontanée, Leçon professée à la Société chimique de Paris, p. 314.

43. *Des générations spontanées*, Conferencia dictada en las "Ve-ladas científicas de la Sorbona", el 7 de abril de 1864; PASTEUR, *Oeuvres*, p. 345.

tivos. Los gérmenes no han desaparecido en la altura, solamente disminuye su número. Pasteur se ha resguardado siempre en el dominio de lo cuantitativo y no en el de lo cualitativo. El va mucho más lejos: esta simple diferencia de intensidad no se confirma sólo en la altitud; en todas partes, se pueden evidenciar "huecos", "rarificaciones" bacilares, "discontinuidades" en el *continuum* gaseoso. Por otra parte, es eso lo que hace tan contrastada y tan diversa, al mismo tiempo tan laboriosa, la refutación de la doctrina de la generación espontánea.

En efecto, su sabio adversario había realizado una experiencia cuyas conclusiones había presentado ante la Academia: la experiencia pirenaica se opone a la alpina.

"Hemos franqueado los Pirineos franceses, llevando con nosotros, primero a la Rencluse, situada a 2.083 metros de altitud, después hasta los glaciares de la Ma'adetta, un cierto número de balones, llenos hasta un tercio de una infusión de heno filtrado y hervido durante más de una hora..."

"Los resultados demuestran de la manera, en nuestra opinión, más perentoria, que el aire de las altas montañas, casi completamente desprovisto de gérmenes, según nuestros antagonistas, no impide que las cocciones de materias orgánicas se vuelvan muy fecundas. Sin embargo, ciertamente no es él el que les aporta los elementos de su fecundidad. Para los organismos más ínfimos como para los seres más complicados y más perfectos es indispensable el *pabulum vitae*... Es a la infusión en sí misma, y no a los pretendidos gérmenes que flotan aquí y allá en el aire, a la que hay que atribuir la aparición de la vida

en nuestros balones... Nuestras experiencias, ejecutadas bajo condiciones que, a partir de la teoría semipanspermista, hubieran debido dar resultados negativos, nos han provisto por el contrario de una inmensa cantidad de infusorios y de mucedineos. Luego, el aire de la Maladetta y, en general, el de las altas montañas no es 'impropio' 'a la producción de una alteración cualquiera en un licor eminentemente putrescible'. En consecuencia, y hasta prueba rigurosamente contraria, ésta será nuestra conclusión definitiva: la panspermia limitada no existe y la heterogenia o producción de un nuevo ser, sin lazos parentales, sino formado a expensas de la materia orgánica ambiente, es para nosotros una realidad" (44).

Pasteur no estará de acuerdo, puesto que esta contra-experiencia parece anular una parte de sus pruebas contra la heterogenia. El atribuye los resultados obtenidos, o más bien la interpretación que de ellos se da, a un error proveniente de la aplicación de un principio previo, justamente discutible: la esterilidad de las altitudes. El mismo argumentará el hecho de que, en los Alpes, un balón (entre veinte) se alteró e insistirá sobre el tema de las densidades bacilares desiguales, según los lugares, las épocas,

44. Expériences sur l'hétérogénie exécutées dans l'intérieur des glaciers de la Maladetta (Pyrénées d'Espagne) par POUCHET, JOLY & MUSSET, Compte rendu de l'Académie des Sciences, séance du 21 de septembre 1863, p. 724-726.

las condiciones, etc. En resumen, se pueden evidenciar rarificaciones o disminuciones, incluso ausencias excepcionales, pero, en total, es un problema de más o de menos, no de supresión verdadera y asegurada (45). Pasteur reafirma pues que el aire de las cimas está menos cargado de microorganismos, pero que no está privado de ellos. Solamente, los contemporáneos de Pasteur han simplificado y desnaturalizado sus enseñanzas.

Las han simplificado en el sentido en que han creído en la pureza gaseosa y absoluta de las cimas inalcanzables para los microbios. Sobre todo, en lugar de escuchar a Pasteur o de leerlo como a un científico que minuciosamente monta experiencias y se in-

45. De hecho, la experiencia debía autorizar seguidamente consecuencias diferentes, porque la respuesta de Pasteur no deja de sorprender. Si el aire de las montañas contiene menos gérmenes ¿por qué cinco balones de cinco fermentaron?; ¿por qué todos se vieron modificados y no solamente algunos? "Pasteur, escribe al respecto Jean ROSTAND (*La genèse de la vie*, p. 137), utilizaba agua de levadura, mientras que Pouchet y sus colaboradores utilizaban agua de heno. Ahora bien, hoy sabemos que el agua de heno, incluso hervida por largo tiempo, puede dar nacimiento a animalículos cuando se pone en contacto con el aire, aun privado de gérmenes; esto, no porque los animalículos se formen allí por generación espontánea, sino porque el heno contiene esporas que una ebullición incluso prolongada no alcanza a destruir, y que se desarrollan en contacto con el oxígeno".

quieta infinitamente por las condiciones en las que ellas se desarrollan (no hay nada que no pueda transmitir y transportar los gérmenes, las enfermedades, las mortales epidemias), se han amplificado las resonancias afectivas de estos descubrimientos (46), y rápidamente, se deslizarán desde la legítima preocupación científica por la completa esterilización y por la estrecha vigilancia de los menores gestos o instrumentos implicados, al miedo generalizado frente a las suciedades invisibles e innombrables; se transponía al universo cotidiano lo que sólo era válido para el artificio de una verificación. El resultado: una neurosis colectiva de la contaminación; una fobia a los contactos, a los aires patógenos o a los medios urbanos infectados conduciría las almas inquietas o los cuerpos ya debilitados, si no ya infectados, hacia las pendientes preservadas e inhabitadas de las montañas, hacia el medio de los desiertos o de los mares.

46. PASTEUR, por razones didácticas, parece favorecerlas: "El polvo es un enemigo doméstico que todo el mundo conoce. ¿Quién de entre vosotros no ha visto un rayo de sol penetrando por la ranura de un postigo o de una persiana, en una habitación mal iluminada?... El aire de esta sala está lleno de esas pequeñas briznas de polvo, de esas mil pequeñas naderías que, sin embargo, no hay que desdeñar, pues a veces llevan en ellas la enfermedad o la muerte: el tifus, el cólera, la fiebre amarilla y tantos otros flagelos. El aire de esta sala está lleno de ellas. No las vemos porque son tan pequeñas, de un volumen tan débil, etc." *Ibid*, p. 338.